

EL AYUNO QUE DIOS QUIERE. REFLEXIÓN

“El ayuno que Dios quiere es éste: que sueltes las cadenas injustas, que desates las correas del yugo, que dejes libres a los oprimidos, que acabes con todas las opresiones, que compartas tu pan con el hambriento, que hospedes a los pobres sin techo, que proporciones ropas al desnudo y que no te desentiendas de tus semejantes.

Entonces brillará tu luz como la aurora y tus heridas sanarán en seguida, tu recto proceder caminará ante ti y te seguirá la gloria del Señor.

Entonces invocarás al Señor y él te responderá; pedirás auxilio y te dirá: «Aquí estoy»” Isaías 58, 6-9

COMENZAMOS LEYENDO ESTE TEXTO DEL PROFETA ISAÍAS

1.- Vamos a reflexiones sobre el ayuno en Israel.

Vamos a ubicar el contexto del ayuno, primero en el pueblo de Israel y después en el texto del profeta Isaías. Comenzamos diciendo que el ayuno era uno de los pilares de la práctica RELIGIOSA judía. Junto con la oración y la limosna. Son los tres medios a través de los cuales el judío, de modo individual y como pueblo, manifestaba su religiosidad, de alguna manera (no es lo único, claro). Recordemos que el Evangelio de Mateo que leímos el miércoles de ceniza nos habla de estos tres aspectos: “Tú cuando ayunes... Tú cuando vayas a orar... Tú cuando des limosna...” (Cf. Mt 6 1,18), porque estos tres aspectos han pasado a la religiosidad cristiana.

Esta realidad del ayuno la observaba el pueblo de Israel desde antiguo. En sus inicios el pueblo de Israel tenía un día de una fiesta especial, llamado Yom Kippur, en el cual se pedía perdón a Dios por los pecados cometidos por el pueblo (durante ese año). Era un día muy importante y se hacía ayuno (Levítico 16,29). En realidad era el único día que había obligación de ayunar. Después a lo largo de la historia se añadieron otros días de ayuno (cuatro días en el año) como recuerdo de la caída de Jerusalén. Aunque también en algunas ocasiones personales, por ejemplo luto, o penitencia, el israelita ayunaba. Con el paso del tiempo se fueron regulando con minuciosidad los momentos en los que se debía ayunar.

Es una realidad (la del ayuno) unida sobre todo al PECADO. Es un modo de expiar los pecados cometidos; es decir purificarse ante Dios por los pecados cometidos (ese era el objetivo de la fiesta del Yom Kippur de la que hablamos antes). Y de aquí pasó a otros momentos en los cuales el israelita se consideraba pecador y quería pedir perdón a Dios por los pecados cometidos.

Recordemos por ejemplo el caso del rey David. Este hombre había cometido adulterio con Betsabé, mujer de su general Urías. Y cuando el profeta Natán le hace caer en cuenta de sus pecados nos dice la Biblia: “David suplicó a Dios por el niño (iba a morir); hizo David un ayuno riguroso, entraba en casa y pasaba la noche acostado en el suelo” (II Sam 12,16). Situaciones parecidas, podemos leer en la Biblia otras veces, pero no me voy a detener en ellas.

Sí quiero recordar otros dos textos de esto mismo. Uno es del profeta Jonás, donde ese asunto del ayuno se lleva al extremo. Jonás ha predicado en la ciudad de Nínive y los ninivitas (que no eran judíos), pero escuchan la predicación de Jonás sobre su pecado y la necesidad de arrepentirse: “creyeron en Dios, organizaron un ayuno; grandes y pequeños se vistieron de saco...Luego mandó proclamar en Nínive este decreto del rey y sus ministros: "Que hombres y bestias, ganado mayor y menor, no prueben bocado, ni pasten, ni beban agua. Que hombres y animales se vistan con saco e invoquen a Dios con insistencia; y que cada uno se convierta de su mala conducta y de sus acciones violentas” (3, 5.8). Otro texto es del profeta Joel, cuya lectura se hace el Miércoles de Ceniza, donde se habla también del ayuno como una invitación para el pueblo; de nuevo, un modo de expiación de sus pecados: “¡Tocad la trompeta en Sión, promulgad un ayuno, convocad la asamblea!” (2,15).

Recordemos también que este tema del ayuno no es propio de la religión judía. Creo que prácticamente todas las religiones tienen ese aspecto, tendrá un matiz u otro, pero todas hacen referencia, en cierto modo, a la necesidad del ayuno. Solo por citar una de ellas, el Ramadán (religión del Islam).

2.-Pero ¿Por qué esa referencia al ayuno?

Jesús también ayunó. Lo vamos a ver en el Evangelio de mañana. Pero ¿de qué se trata? De poder ubicarse bien en su misión, en el proyecto de Dios, en el Reino de Dios. Por eso a continuación de esa experiencia de Jesús de entrar en el desierto y ayunar, aparece el diablo con sus seducciones. (Es como para decir: vamos a ver si tu ayuno es auténtico).

Eso fue lo que, pasado el tiempo, fue apareciendo en el pueblo de Israel, y lo que los profetas detectaron, el posible divorcio entre los actos religioso y la vida, que el Evangelio también señala: Si vas a presentar tu ofrenda al altar y tu hermano tiene algo contra ti, etc...

Por eso el profeta Isaías escribe lo del ayuno que Dios quiere, porque antes de eso ha señalado como hacían los ayunos los israelitas (que no ayunaban como tenían que hacerlo): “Clama a voz en grito, no te moderes; levanta tu voz como cuerno y denuncia a mi pueblo su rebeldía, y a la casa de Jacob sus pecados... Mirad, cuando ayunabais buscabais vuestro negocio, y a todos vuestros obreros explotabais. Es que ayunáis para litigio y pleito y para dar de puñetazos a malvados ¿A eso llamáis ayuno y día grato a Yahvé?” (58,1-5).

El ayuno en el sentido bíblico no es tanto una práctica ascética, sino un medio para retornar a Dios y la obediencia a su voluntad. Por eso se comprende la polémica de los profetas contra un ayuno puramente formal y exterior y la invitación al verdadero ayuno, que consiste en realizar obras de justicia y de amor fraterno. A esto nos invitan los profetas, podemos leer Zacarías: "Cuando habéis ayunado... ¿habéis ayunado de verdad por mí? Celebrad juicios justos, practicad entre vosotros el amor y la compasión. No oprimáis a la viuda, al huérfano, al forastero, o al pobre; no maquinéis malas acciones entre vosotros” (7,5.9-10).

Y aquí se inscribe el texto del profeta Isaías que leímos al principio: ¿De qué sirve ayunar si después nuestra vida da 'la espalda' a Dios? ¿De qué sirve cumplir con el precepto del ayuno si después pasamos indiferentes ante el sufrimiento del pobre, del emigrante, de la mujer maltratada, del niño no amado? ¿De qué sirve ayunar (ponernos la ceniza, no comer carne...) si después no tenemos paciencia con el que está a nuestro lado, si no visitamos al enfermo, si destrozamos el mundo abusando y aprovechándonos para tener más riqueza personal...?

El fariseo de la parábola de Lucas dice que ayunaba dos veces por semana y daba el diezmo de sus ganancias, y eso es lo que presenta ante Dios como justificación. Pero Jesús dice, no es ese que se ha ensalzado y que ha puesto ante Dios sus obras quien recibe la salvación, sino el pobre publicano. Y es que el fariseo desprecia al publicano.

Y eso es lo que nos dice Mateo sobre el ayuno: "Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (6,16-18).

Y ahí está la dicotomía en la que se puede caer. Es decir quedarnos en la materialidad de los ritos, pensar que con eso es suficiente, y no hacer que esa situación llegue a las raíces de nuestro ser. Está bien ayunar, está bien dar limosna, está bien orar. Es más, LO NECESITAMOS. Pero ¿transforma en algo, toca en algo nuestra existencia? ¿Nos hace más 'ser de Jesús'? ¿Unirnos a Él y a su proyecto?

Dice el CIC: "Como ya en los profetas, la llamada de Jesús a la conversión y a la penitencia no mira, en primera lugar, a las obras exteriores "el saco y la ceniza", los ayunos y las mortificaciones, sino A LA CONVERSIÓN DEL CORAZÓN, LA PENITENCIA INTERIOR. Sin ella, las obras de penitencia permanecen estériles y engañosas; por el contrario, la conversión interior impulsa a la expresión de esta actitud por medio de signos visible, gestos y obras de penitencia" (1430). Por tanto no basta con poner velas, echar muchos euros al lampadario, rezar la novena y el Vía Crucis... si no hay obras, de poco sirve. Decía Santa Teresa de Jesús: Obras, obras quiere el Señor.

El tiempo de cuaresma nos invita a realizar también nosotros la oración, la limosna, el ayuno. ¿Esto no estará pasado de moda? Ciertamente que si nos quedamos solamente en la pura materialidad de los gestos puede ser que haya cosas que no nos digan hoy en día muchas cosas con claridad. Pero si le damos el sentido auténtico, entonces sí que tiene vigencia.

3.-Por tanto es importante y necesario el ayuno. Pero ¿qué ayuno?

Se trata, como indiqué, no de hacer algo porque está mandado o porque nos conviene (para tener buen tipo, o buena salud). Sino mirarlo desde la perspectiva de Dios. Y de ahí el texto del profeta Isaías que leímos al principio y sobre el cual gira esta tarde. Son realidades de misericordia, realidades de amor (podemos releerlo).

El ayuno tiene que llevarnos a un compromiso efectivo, ayudar a los pobres, compartir el pan con los hambrientos, no dejarnos llevar de la ira y de la injusticia, no ambicionar (bienes, cargos, poder...). Es lo que nos dicen las Bienaventuranzas: si ayunamos es para ser pobres de corazón, personas de paz, humildes, abandonados en las manos de Dios, solidarios y cercanos con los pobres, sufriendo con los emigrantes, con los desterrados, con los que están en las cárceles, con los peregrinos, con las mujeres maltratadas, con los niños que sufren y mueren, con los enfermos abandonados, sin recursos para curarse, con los refugiados que han tenido que huir porque de su casa solo quedan escombros...

Creo que todo esto se resume muy bien en las Obras de Misericordia. El papa Francisco nos invitaba durante todo el año pasado a hacer de la misericordia no solo algo que nos acompañara en algunos momentos, sino UNA ACTITUD DE VIDA. Y una realidad que se plasma en estas obras, que no voy a recordar porque sería volver a repetir lo que acabo de señalar.

El ayuno, lo mismo que otros aspectos religiosos (v. gr. sacramentos), es para poder tener una mejor relación con Dios, que es espíritu, y el hombre para poder unirse a Dios necesita 'educarse' en lo material, no dejarse llevar de sus puros instintos y hacer que prime en su vida lo espiritual.

El ayuno también puede tener otros aspectos más personales; por ejemplo ayunar (es decir no hacer) cosas negativas: ayunar de criticar; ayunar de tener envidias y celos a los otros; ayunar de ver tanta tv o Internet o de estar mirando al móvil... En definitiva ayunar de tanto mirarte a ti mismo y trata de vivir siendo solidario con otros.

Yo no he venido aquí a dar muchas recetas, ni muchas respuestas, sino a ayudarnos en la reflexión sobre este aspecto que nos inquieta a todos. Tiempo de cuaresma, tiempo de conversión, tiempo para acoger el proyecto de Dios en la vida. Como nos dice el papa Francisco, la Palabra de Dios nos ilumina para no quedarnos 'anestesiados', y hay muchos modos de vivir así en este mundo. No pasar indiferentes. El ayuno es uno de los 'despertadores' que podemos y debemos utilizar para estar despiertos, con la fe viva, con el compromiso operante.

No podemos decir que ya cumplimos el miércoles de ceniza y el viernes santo, porque realizamos el ayuno y la abstinencia. No sea que se nos cuelen por ahí otras faltas más graves y nosotros estemos dando vueltas a si hemos cumplido o no con esto. Miremos si cumplimos con el amor. Miremos si cumplimos con las obras de misericordia, entonces creo que estaremos realizando el ayuno que Dios quiere: no comer, para poder vivir una mayor cercanía con Dios, con su Palabra, y una más profunda solidaridad con los hermanos.

Fr. Carmelo Hernández, ocd

Burgos marzo 2017